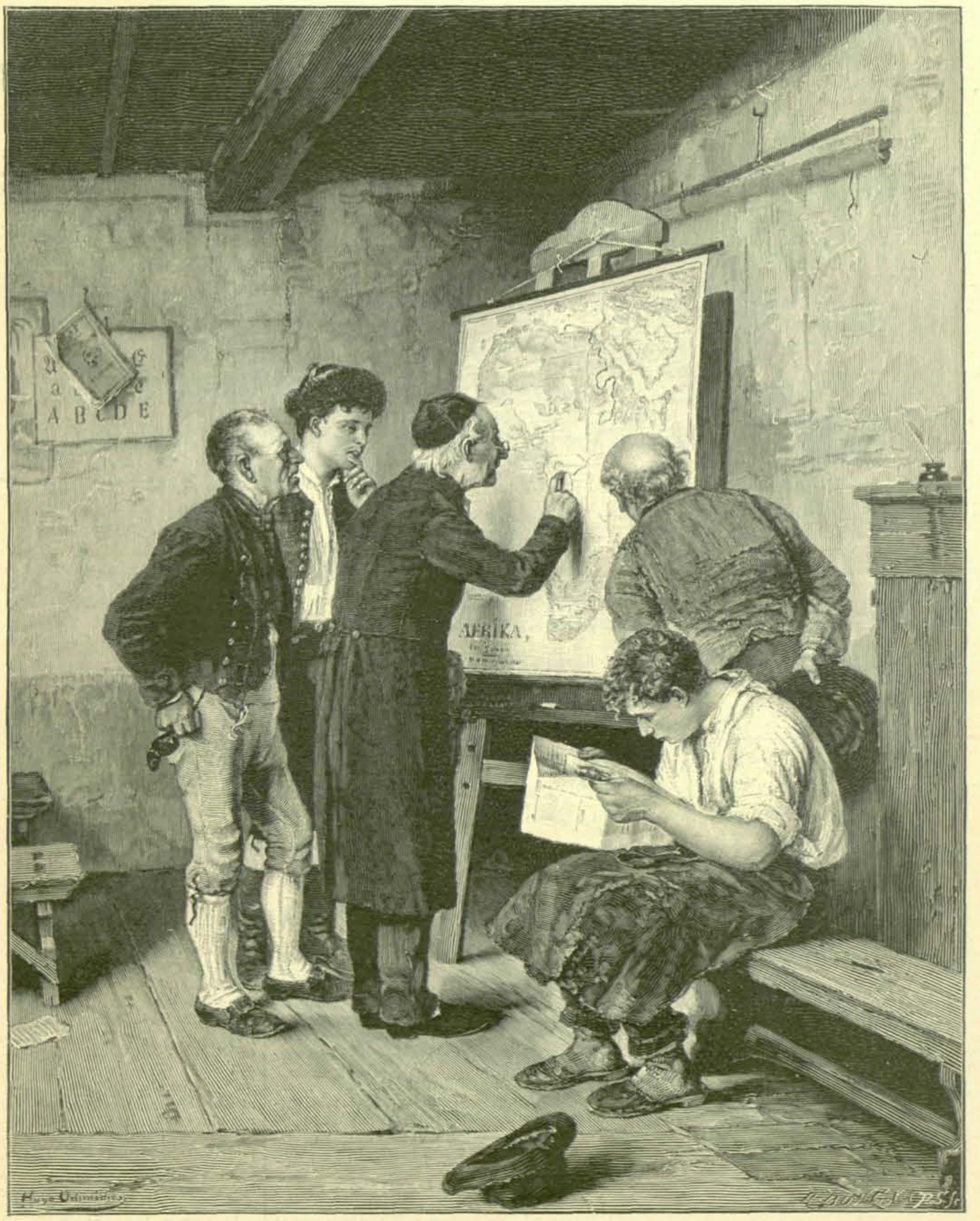
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 29 DE AGOSTO DE 1887 — NUM. 296

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

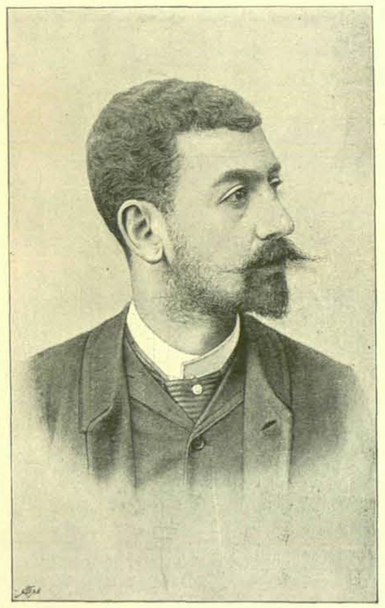


¿DÓNDE ESTÁ KAMERUN? cuadro de Hugo Wehmichen

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*La romería*, por don Antonio de Valbuena.—*El codicilo*, por la Baronesa de Wilson.—*Los hombres peludos.*

GRABADOS.—*¿Dónde está Kamerun?* cuadro de Hugo Wehmichen.—*Salvador Viniegra.*—*Bocetos y estudios para el cuadro:* LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800.—*La hermana mayor*, boceto al óleo de F. de Ulide.—*Busto de estudio*, de A. Querol.—*La nueva vía Appia*, cuadro de O. Achenbach.—*Rebaños regresando á sus corrales*, cuadro de V. Weishaupt.—*Los hombres peludos.*



SALVADOR VINIEGRA

NUESTROS GRABADOS

¿DÓNDE ESTÁ KAMERUN?... cuadro de Hugo Wehmichen

El principal mérito de un cuadro de género es que sus personajes, en el semblante, en la actitud, en el agrupamiento, contribuyan á la expresión de una idea, de tal suerte que ésta resulte clara, nítida y el espectador no tenga que entrar en averiguaciones respecto al significado ni de la composición en general, ni de las figuras que á ella concurren. Bajo este punto de vista no tiene reproche el grabado que publicamos. El buen maestro de escuela y sus compadres del lugar siguen en un viejo mapa de Africa la marcha de alguno de esos héroes de la Geografía que consagran su vida á la exploración de regiones que nos fueron hasta hoy desconocidas. Pero, bien sen que el *dómine* y sus amigos no sean muy fuertes en la ciencia de las Cartas geográficas, bien sea que la tenida á la vista haya sido ejecutada en un tiempo en que se sabía de Africa algo menos que se sabe hoy de la luna, ello es que nuestros curiosos buscan vanamente en el mapa la solución de su curiosidad. Este es el asunto del cuadro, que resulta ser un modelo de expresión.

SALVADOR VINIEGRA y su cuadro LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800

Los visitantes de la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid se detenian invariablemente ante un lienzo brillante de color é inundado de luz. Una poderosa atracción, no nacida de las notas terroríficas de un asunto romántico; algo, por el contrario, sereno, apacible, simpático, dominaba en el ánimo del público al pasar por delante de *La bendición de los campos;* y así los inteligentes como los simples curiosos, al enterarse del nombre del autor, decían con cierta extrañeza:

– Salvador Viniegra... ¿Quién será ese Viniegra?...

Más tarde, cuando el jurado concedió muy merecidamente á ese cuadro uno de los primeros premios del certamen, confirmando el juicio intuitivo de ese inapelable juzgador que se llama el público; la extrañeza se iba acentuando, y á la simple curiosidad se unió el interés general para repetir:

—Pero ¿quién diantre será ese Viniegra?...

Pues muy sencillo; el autor del cuadro premiado es uno de esos seres privilegiados que empiezan por donde los demás acaban, mejor dicho, por donde acaban los que acaban bien. Desconocido ayer en su patria, es hoy una de sus legítimas glorias.

Su historia es muy sencilla. Tiene unos veinticuatro años de edad, es natural de Cádiz, en donde le conoció y *adivinó* nuestro insigne Villegas. Alentó éste al muchacho, dejáronse convencer sus padres por las gratas esperanzas del maestro y como, por fortuna, no faltaban medios materiales para sufragar los gastos de su educación artística, partió Viniegra para Roma, esa Meca del arte, fuera de cuya visita parece como mal fundada la reputación de un pintor. Tan modesto como estudioso, desconocido en medio de la colonia artística que se inspira en los grandes modelos de la Ciudad Eterna, concibió allí la primera idea y dió la última mano á su cuadro de la *Bendición de los campos.* Remitió el lienzo á la última Exposición madrileña y, nuevo César, llegó, *fué visto* y venció.

Pero ¿obtuvo Viniegra ese triunfo con la misma facilidad con que se explica; fué el premio obtenido una de esas victorias debidas á un momento de inspiración feliz, á un inconsciente producto del genio, que así puede manifestarse en los primeros como en los últimos años de la vida artística? De ningún modo, y esto es quizás lo más notable en Viniegra y en su obra. Llama desde luego la atención en ella la particularidad de su asunto. Un joven de veinticuatro años, de naturaleza meridional, que desde las playas de la coqueta y placentera Cádiz se transporta á las orillas del sombrío Tiber; un artista, llamémosle *primerizo*, cuyas impresiones surgen á la vista del arte clásico pagano; concibe como primera manifestación de su potencia pictórica, un asunto de género entre místico é idílico, que no puede haberle inspirado ni el recuerdo de su patria, ni el espectáculo de su nueva residencia.

¿Cómo se explica esta anomalía? Se explica diciendo que Viniegra sentía dentro de sí mismo una tendencia hacia la naturaleza espléndida; la luz y el color eran la obsesión de su pensamiento, y necesitaba, para manifestar lo que sentía, un asunto en que de esa luz y de ese color pudiera hacer gala. Bajo este punto de vista, la bendición de los campos se prestaba evidentemente á los impulsos de su imaginación, como las escenas africanas se prestaban á las manifestaciones de Fortuny que, nuevo Prometeo, más feliz que el de fábula, había robado los rayos del sol y á medida de su gusto iluminaba con ellos sus lienzos.

Pero no se crea que Viniegra, dominado por la idea de la luz y del color, olvidase por un momento que la primera condición del pintor es el dominio del dibujo. El asunto de la bendición de los campos era el medio de llegar á la manifestación de sus cualidades de pintor; pero el colorista necesitaba ante todo del dibujante, sopena de arrojar pródigamente riquísimo abono en campo erizado de duras rocas.

Y he aquí á Viniegra, contradiciendo la natural fugosidad de los temperamentos meridionales, y componiendo el primer boceto de su cuadro. Su primera intención no le satisface del todo, pero en vez de fiar á su talento la corrección en el lienzo definitivo de los defectos que encuentra en la primera idea que ha formado del mismo, acomete un nuevo boceto que, á pesar de todo, modifica posteriormente al dibujar el cuadro que había de merecerle tan alta recompensa. Ni aun así satisface sus propias exigencias, antes bien asegura el éxito mediante una serie de estudios parciales que le garanticen el efecto que se ha propuesto obtener con los principales personajes de su cuadro. Nuestros favorecedores pueden apreciar en los grabados del presente número los preparativos de esa obra coronada en la Exposición madrileña. Ellos confirman lo que no ha mucho escribíamos al ocuparnos de la *Nauwaqua* de Villodas, es decir, que el público profano, aun cuando premia con su aplauso la obra del pintor laureado, se queda muy por debajo de la recompensa que merece la suma de trabajos, sin los cuales no es dable producir una obra de arte de primera fuerza.

Esta lentitud, esta desconfianza de sí mismo, ese método progresivo con que Viniegra ha llevado á término su primera exhibición en los grandes certámenes artísticos, demuestran hasta qué punto lleva el cumplimiento de sus deberes; y deberes llamamos á las precauciones tomadas por el autor de la *Bendición de los campos*, porque cuando Dios hace brotar en la mente de un hombre la llama del genio, ese hombre viene obligado á poner de su parte cuanto de él depende para corresponder á ese don de que es tan parca la Providencia. Es joven todavía, muy joven; y sin embargo obra con la prudencia del hombre más experimentado. Reuniendo á la inspiración el estudio; templando la llama del entusiasmo con el frío cálculo de la razón; opinando que los laureles conquistados no son un triunfo sino un estímulo; correcto dibujante, vigoroso colorista, ¿á dónde puede llegar Salvador Viniegra?

LA HERMANA MAYOR, boceto al óleo de F. de Ulide

La capital de Baviera ha perdido toda su importancia política de muchos años á esta parte; pero el sitio que ha perdido en el concierto político de Europa, lo ha venido compensando con su siempre creciente importancia artística. Munich es, hoy por hoy, la ciudad donde residen mayor número de ilustres pintores; su escuela es quizás la más dignamente representada en los certámenes del arte universal.

Entre los distinguidos profesores de esa escuela, Ulide se distingue como pintor de género, que sin falsificar en lo más mínimo la naturaleza, sabe presentarla bajo su aspecto más simpático. El boceto que publicamos de ese artista es una perla de verdad y expresión.

BUSTO DE ESTUDIO, de Querol

Nuestro paisano Querol, el laureado autor de *la Tradición*, ha demostrado en este busto, reproducción del natural, las facultades de ejecución que le adornan. Ese barro tiene vida; debajo de esa epidermis de tierra circula la sangre, esa mirada brilla con el fuego del ascetismo. Juntamos nuestro aplauso al que sus compatriotas han tributado últimamente á Querol con motivo de su legítimo triunfo en la última Exposición de Madrid.

LA NUEVA VÍA APPIA, cuadro de O. Achenbach

Desde que Roma ha llegado á ser la capital del reino de Italia está sufriendo en sus calles, plazas y edificios profundas transformaciones en consonancia con las necesidades y adelantos de la época actual. Debe confesarse que las autoridades tienen el buen sentido de respetar en lo posible los monumentos antiguos, por más que sean ruinosos, al hacer estas modificaciones en la edilidad de la población, lo cual no pueden menos de agradecerles cuantos se interesan por la conservación de dichos monumentos, mudos testigos de la grandeza de la antigua capital del mundo. Pero al renovar la vía Appia, el gobierno italiano no ha tenido gran cosa que respetar: los monumentos que la adornaban en la época más floreciente de los Césares, cayeron casi todos, unos por el furor de extranjeras huestes, y otros por las injurias del tiempo consecutivas al abandono de aquellos; y el elegante paseo de los romanos de la República y el Imperio, se ha convertido en la prosaica, pero útil carretera de que nos da idea el cuadro pintado con tanto acierto como naturalidad por el distinguido Achenbach.

REBAÑOS REGRESANDO Á SUS CORRALES cuadro de V. Weishaupt

Un idilio más, una geórgica de Virgilio, representada por un artista que siente y conoce la naturaleza. Es tan apacible este cuadro, respira tal tranquilidad, bienestar tanto, que le entran á uno deseos de convertirse en labriego, y en último apuro hasta en res.

LA ROMERÍA

—Pica, Juanito, que vamos á perder la misa.

—No tengas miedo: todavía no son las ocho, la misa suele ser á las diez y no nos falta más que legua y media.

– Muy estrecha, pero muy larga. A más de que va empezando á calentar el sol, y cuanto primero lleguemos, primero nos ponemos á la sombra.

—Eso es verdad; pero no creas que de aquí á Río-sol haya mucho más de legua y media; habrá dos leguas á lo sumo. Mira, mira, desde este cerro, qué hermoso está el valle.

Y efectivamente el valle de Valdeburón, por donde habíamos andado toda la mañana, desde las cinco, pasando por Escaro, Burón y Lário, dejando á la derecha á la Vega Cerneja, y á la izquierda á Liegos y Acebedo, estaba hermosísimo.

El sol que hacía rato había empezado á agarrarse de los picos más altos de las peñas, y luego se había ido dejando caer por las laderas de los montes insensiblemente y como quien no quiere la cosa, se acababa ya de bajar de la manera más desenvuelta hasta los prados de la orilla del río, y bañaba todo el valle con la luz brillante de los días de fiesta.

Al murmullo desigual y ruidoso del riachuelo que jugueteaba informal y corría á saltos á cada instante, se juntaba el arrullo de las palomas torcaces, posadas con entera tranquilidad en los robles primeros de la bajerada del monte.

Era ya verano, pero á aquellas alturas no hay verano: hasta la llegada del otoño dura la primavera.

El paisaje era bellísimo. Estábamos á la derecha del río sobre una colina, un poco más arriba de Acebedo, y desde allí se descubría un panorama encantador y completamente fantástico, en que aparecían, azul el cielo, blancos y rojos los lugares, verdes los prados, descoloridos los centenos, cenicientos los sotos, negros los montes, floridos con su lujosa flor amarilla los escobales, cuyas emanaciones amargas y frescas tonifican y dan salud y fortaleza al cuerpo, al paso que recrean el espíritu.

Comenzaba el movimiento de gente hacia la romería, y sobre la esmeralda que bordeaba todos los caminos y veredas, coloreaban los pañuelos encarnados y azules de las mozas, y blanqueaban los brazos de los mozos que iban en mangas de camisa.

– ¿De dónde son aquellos que vienen cruzando aquel escobal por debajo de aquella peña calar de enfrente?

– Son los de Polvoredo.

– ¿Y estos otros que vienen á nuestra izquierda por entre las hayas?

– Esos son de Liegos; van por un atajo y llegarán antes que nosotros.

Una hora después habíamos entrado en Maraña que es el último pueblo de León por aquella parte, y á los tres cuartos de hora más nos encontrábamos á mil quinientos metros sobre el nivel del mar, en lo alto de la divisoria entre León y Asturias, por el paso denominado puerto de Tarna, junto á la ermita de la Virgen de Río-sol, que era el término de nuestro viaje.

La ermita es pequeña y está pobremente adornada. La imagen, que desde tiempo inmemorial se venera allí, representa á la Virgen en el misterio de la Asunción, y de un lado y otro del puerto recibe fervoroso culto.

Sobre la pared occidental de la ermita se destaca una espadaña pequeña con una campana que tampoco es grande. La tradición asegura que esta campana bendita es el instrumento de que la Virgen suele valerse para ejercer su piadosa protección sobre sus devotos.

El paso de la cordillera entre León y Asturias es muy peligroso en el invierno en tiempo de las grandes nevadas, y apenas pasa un año sin que en uno ú otro puerto, perezcan arrecidos algunos infelices.

Pues bien, según la tradición, la campana de la Virgen de Río-sol, en muchas ocasiones se ha tocado sola en días de tormenta para llamar y guiar á los caminantes en medio de aquel desierto de nieve.

Esto explica la devoción de los pueblos comarcanos, y la concurrencia de romeros de todas clases el día de la fiesta, unos descalzos, otros con velas para dejarlas encendidas ante el altar, otros con otro género de limosnas, casi siempre en especie, como celemines de arvejos ó de centeno, lino espadado, lana en vellón, pollos y algún hermoso cordero blanco adornado con cintas encarnadas y azules.

Tocó á misa la campanina milagrosa y la gente que bullía por el campo se arremolinó al santuario, entrando los que pudieron, y quedándose los demás á la puerta y á las ventanas.

Voces robustas y de timbre simpático entonaron solemnemente la misa de ángeles, mal acompañadas por la gaita de un ciego de Tarna que llevaba el compás con la cabeza.

Son terribles los ciegos en aquel país. Digo, lo terrible es la gaita; instrumento sencillo, pero desagradable, que consiste en una rueda que pasa rozando unas cuerdas y produce con ellas un ruido poco más melodioso que el del eje de un carro cuando canta.

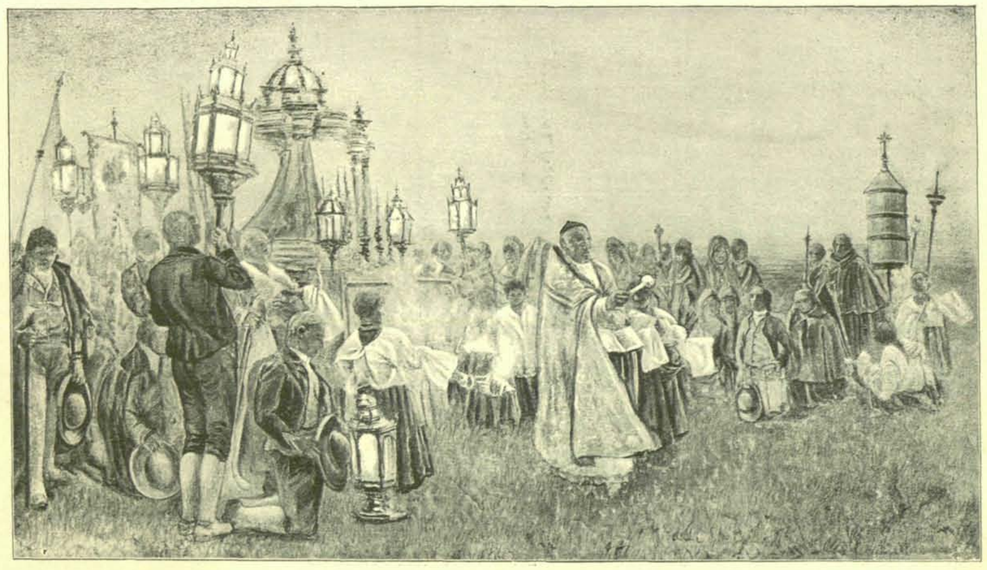
No hay por allí ciego sin gaita ni función sin ciego, el cual, después de acompañar á bulto los *kiries* y el *Gloria* y todo lo demás que canta el coro, suele tocar solo y por su cuenta al ofertorio y á la conclusión *Marusiña la muneira* ó las *Habas verdes.*

Concluída la misa y la procesión, en medio de la cual se presentan á la Virgen las ofrendas, véndense éstas en pública subasta para emplear su importe en el sostenimiento del culto.

Y con esto se desparrama la gente, buscando cada cual un buen sitio para comer con su familia ó sus amigos, y formando corros á campo raso cerca de la ermita, ó un poco más lejos á la sombra de los primeros árboles.

Se come, por supuesto, lo que se lleva en la alforja, pudiendo solamente añadir escabeche y fruta, que es lo que allí se vende, y remojarlo todo, más que con agua de la fuente, aunque es buena, con excelente vino de Rueda ó de la Nava.

Después de la comida, la romería ha perdido casi por entero el carácter religioso, pues aunque á media tarde se toca al rosario, la mayor parte de la gente, adormecida en la digestión, no acude á rezarle, y luego ya todo es baile y broma y jolgorio.



PRIMER BOCETO DEL CUADRO: **LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS,** DE SALVADOR VINIEGRA

Como en la concurrencia hay casi por mitad asturianos y leoneses y como las costumbres de unos y otros son tan distintas, basta en las diversiones hacen rancho aparte. Los asturianos son más animados que los leoneses, ó como estos dicen, más *locos*, y á mayor abundamiento, como en Asturias beben poco vino porque vale muy caro, el día de la romería quieren sacar el papo de mal año, y no queda uno que no coja su mona correspondiente.

El traje de los asturianos es más pintoresco y más original que el de los de Valdeburón. Las mujeres llevan saya corta y al cuello un dengue. Los hombres traen calzón suelto, sin atar á la corva, luciendo el calzoncillo y la media blanca, y en lugar de sombrero, una montera de pana ó terciopelo según los posibles, con el pico elevado ó caído á un lado ó á otro, según el concejo á que pertenece el que la usa. Llevan además, como prenda de uniforme, el palo.

Ha comenzado el baile que se divide en dos ó tres secciones. Aquí bailan, al son de la pandereta, los mozos y las mozas de Valdeburón, luciendo ellas su tez morena tostada del sol y del cierzo, su falda de percal, su pañuelo de color de rosa al cuello con las puntas cruzadas graciosamente sobre el pecho y atadas atrás á la cintura, y ellos su traje compuesto de pantalón, chaleco y chaqueta, parecido al que llevamos todos.

Allá danzan los astures, agarrados de manos, formando corro y dando vueltas con envidiable monotonía, sólo interrumpida por el eco dulce, tardo y soñoliento de sus medios cantares.

Comienzan éstos siempre con una invocación religiosa que por no tener conexión con los otros dos versos, al último de los cuales sirve de asonante, parece un ripio.

Verbigracia:

¡Señor San Pedro!...
Dile, morena, á tu padre,
Que por tus ojos me muero.

—

¡La Madre Santa!...
Quiérote desque te pones
Corales á la garganta.

Cuando están muy alegres no cantan ya cantares serios, sino de estos otros:

¡La Virgen pura!...
El que corteja á la madre
Tiene á la hija segura.

—

¡Señor San Pedro!...
Quiero sacar los calzones
Por la cabeza y no puedo.

Cada uno de estos cantares suele terminar con un *iju, ju, ju, ju*, es decir, con un relinchido no mal imitado y con un *¡Viva Asturies!*...

Si á un castellano se le ocurre contestar en el mismo tono: *¡Del puerto acá!* ya se armó la disputa, y antes de un credo andan los palos por el aire.

Otras veces, no gritan, *¡Viva Asturies!* sino *¡Viva Cangues!* ó *¡Viva Ponga!* el concejo á que pertenece el autor del grito, y si otro le contesta *¡Viva Parres!* ó *¡Viva el Infiestu!* ya está la fiesta armada: se enredan á palos unos con otros y no se dán con menos afición que si dieran á los de Castilla.

Al lado de estos dos bailes suele haber otro todavía, el de los señoritos de uno y otro lado del puerto. Como para la gente educada ya casi no hay fronteras, mucho menos habrá divisiones de provincias. Por eso la aristocracia de la romería, el abogado de un pueblo, el médico del otro, el registrador de la propiedad del de más allá y los estudiantes y el buscador de minas y el ayudante de obras públicas, que está estudiando por allí una carretera, se juntan, reunen todas las señoritas que han ido á la fiesta, y si da la casualidad que encuentran un ciego con un violín, *¡rara avis!* bailan valses y polkas y hasta rigodones y lanceros; pero si no tiene la música otro representante en la función más que el susodicho ciego de la gaita, lo cual es harto peor que no tener ninguno, forman un corro parecido al de la danza y bailan una cosa que llaman giraldillas al son de una tonada.

Cantan un cantar cualquiera, por ejemplo este:

Eres alta y delgada
Como una mimbre;
Has de ser perseguida
Del amor firme.

O este otro:

Como las esmeraldas
Son las mujeres;
Cuanto más pequeñitas,
Más precio tienen.

Al concluir el cantar, un hombre y una mujer que están dentro del corro, eligen de entre los que le forman él una mujer y ella un hombre, y bailan las dos parejas mientras se canta el estribillo: después, los que antes estaban encerrados salen á formar parte del corro, y quedan dentro los elegidos últimos para elegir, á su vez, parejas en otro cantar; y así, se repite la operación indefinidamente. Es una manera ingeniosa de suplir la música.

El estribillo decía:

A orilla de la fuente
Y al lado del rosal
Te ví cogiendo rosas
El día de San Juan.
Por verte, desde entonces
Te sigo sin cesar;
Por verte, y si te veo
No sé lo que me da...
¡Ay! amor mío,
Que no te puedo olvidar.

El sol anda ya cerca de ponerse; pero lejos de disminuir el calor entre los asturianos, ha crecido bastante y aun siguen bebiendo. Ya reforman sus cantares de cierta manera muy poco tranquilizadora, y relinchan más alto y los vivas son más insolentes y más provocativos. En este momento canta uno del corro enarbolando el arma favorita:

¡Señor San Pedro!...
Traigo un palo de avellano,
Y en lo que dure no hay miedo.

Aun sonaba el eco en los aires cuando se oyeron gritos descompuestos como de hombres que riñen.

—¿Quiénes son aquellos?

—El mayorazgo de Pendones y Juanón el de la Uña.

—Se van á cascar.

—Probablemente.

Y ya se estaban dando. Cien palos hubo al momento levantados en alto sin saber en dónde posarse, hasta que, acudiendo la pareja de la Guardia civil á poner orden, se posaron sobre los guardias, que fueron desarmados en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

Fué aquello una batalla entre la autoridad y el vino, quedando este último victorioso en toda la línea.

Al día siguiente, abandonados ya de tan intrépido y revoltoso capitán, los promovedores del alboroto se dejaban coger como corderos y llevar á la cárcel.

Justo castigo á su pecado de profanar y desnaturalizar la romería.

ANTONIO DE VALBUENA

EL CODICILO

I

La capital de Guatemala es la más hermosa de la América central; sus cómodas y elegantes casas tienen lozanos jardines y, como en Méjico, corredores llenos de preciosas flores.

A pocas leguas de distancia se encuentran las majestuosas ruinas de la Antigua, entre los caprichosos volcanes de Agua y de Fuego, y un poco más lejos, los escombros de *Ciudad Vieja*, destruída por el torrente que despidió el volcán de agua en la noche del 11 de setiembre de 1541.

En la terrible inundación pereció doña Beatriz de la Cueva, viuda del conquistador Alvarado y gobernadora interina.

Los valles y alrededores de Guatemala, no sólo son curiosos para el viajero, sino feraces, pintorescos y productores.

Hace algunos años que cercana al teatro principal, se veía una antigua pero elegante casa toda de piedra con zaguan, jardín al frente y escalera espaciosa á la derecha.

Bellas habitaciones en donde se admiraban costosos refinamientos del lujo, tapices y bronces, acusaban la riqueza de los dueños.

Atravesando dos grandes salones se llegaba á una puerta cubierta con cortina de seda, la que daba paso á un primoroso gabinete, en el cual se veían mil bagatelas de plata, china y marfil: un artístico estante de cedro encerrando varios libros lujosamente encuadernados y un gran retrato de cuerpo entero, pendiente por gruesos cordones sobre un sofá de brocado azul, completaban el todo.

En el hueco de los balcones caprichosas jardineras ostentaban begonias de variadas clases, cedros y otras plantas tropicales.

Aquel risueño cuadro formaba singular contraste con el traje de luto y el profundo pesar que reflejaba la fisonomía de una mujer joven y hermosa que, recostada en un sillón, acariciaba la rubia cabeza de una preciosa niña sentada á sus pies en taburete de terciopelo.

Era uno de esos tipos cuya belleza consiste en la suprema gracia, en la distinción y en el poderoso atractivo que inspira respeto y amor á la vez.

Sus cabellos de color castaño oscuro coronaban un rostro pálido, pero con esa palidez apasionada (si es permitida esta frase) privilegio de los tipos hispano americanos.

Los ojos eran aterciopelados, magníficos, con largas pestañas y cejas tan perfectas, cual si un hábil pincel los hubiera formado.

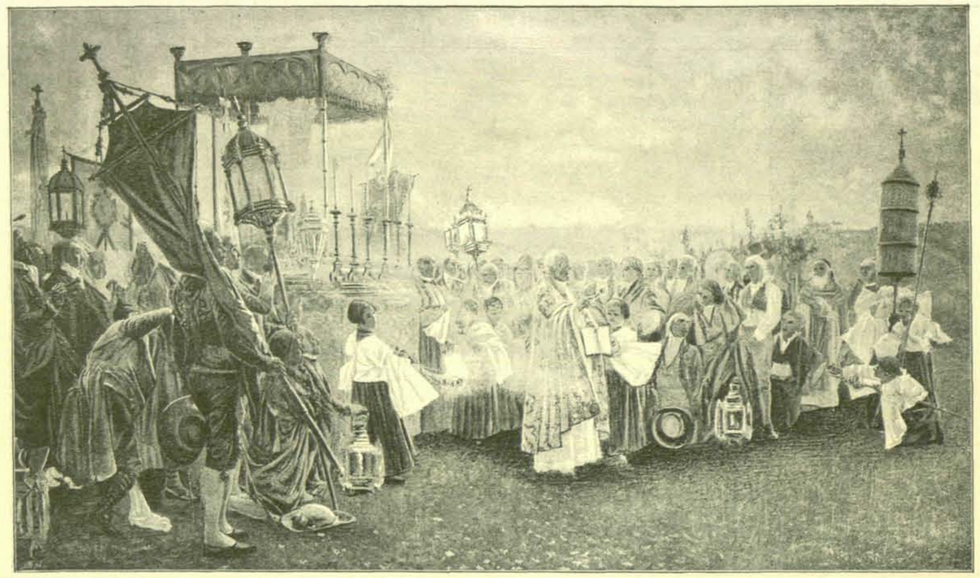
Aquella mujer era esbelta y delgada, con manos y pies de niña.

El dolor nublaba su fisonomía y gruesas lágrimas surcaban sus mejillas.

Un criado levantó la cortina diciendo:

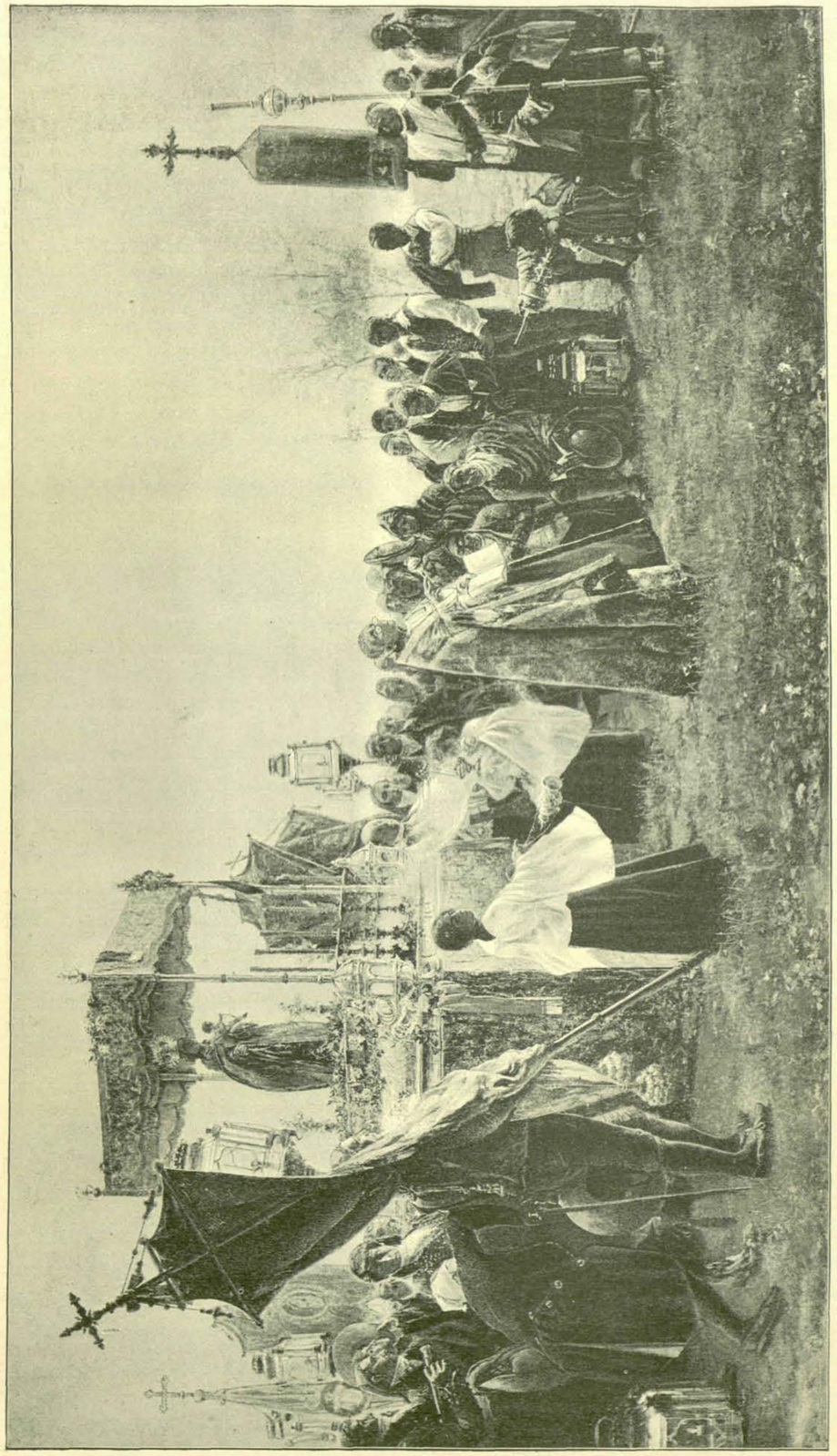
—El señor Vélez Rubio.

Un hombre como de treinta y ocho años, de elevada estatura y noble fisonomía, entró en el gabinete.



Último boceto del cuadro: LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800

Estudios para el cuadro: LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800, de Salvador Viniegra



LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800 cuadro de Salvador Viniegra (Medalla de primera clase)

LA HERMANA MAYOR, boceto al óleo de F. de Ulide

Al verlo, se levantó de la mecedora y mostrando una silla cerca de la suya dijo:

—¿A qué debo el consuelo de ver á V., amigo mío? ¿debo mirar como feliz ó funesto presagio el abandono de su bufete?

—Dispénseme V., Guadalupe, si he venido á turbar su dolor y su soledad; pero es preciso que me dé V. el codicilo para reunirlo á las demás piezas justificativas.

—¿Qué dice V.? No tengo ese documento y creo habérselo entregado, con todos los papeles.

—Entre ellos no está.

—La pérdida de ese codicilo sería mi ruina. ¡Oh! mi buen tío,—continuó sollozando y fijándose en el retrato de que hemos hablado,—tú que tanto me amabas protégeme: ¿qué será de mi hija? Federico me odia y es incapaz de sentimientos generosos.

—Pero la última voluntad de un moribundo...

—No la respetará.

—Sería capaz del mayor sacrificio por evitar á V. un nuevo pesar, pero sin el codicilo el derecho de V. es nulo... busque usted...

—No, no; habrá sido robado: mi tío casi agonizante, me dijo estaba en el sobre que entregué á V. y que contenía algunos papeles.

—Sí; títulos de propiedad, escrituras y otros documentos, pero no el principal; más ¿cree V. capaz á Federico...?

—De todo: le conozco. A la muerte de mi esposo intentó disuadirme de volver al lado de mi tío... Ya sabe usted que comprometida la fortuna de mi marido en la quiebra del banquero francés, nada pude recoger y que mi tío me abrió sus brazos y su casa.

—Valor y resignación; esperemos todavía.

—Gracias, amigo generoso, gracias.

II

Vélez salió de aquella estancia dolorosamente afectado, y al cruzar los dos elegantes salones, pensó con amargura en que un joven pervertido y audaz arrojaría á Guadalupe de aquella casa y la privaría de todo.

Nuevamente buscó hoja por hoja, sin mejor resultado. El pleito continuó, pero el testamento era legal y por él los bienes pertenecían á Federico Monreal, sobrino en el mismo grado que Guadalupe.

El último término se cumplió, y el orgulloso heredero se presentó en la casa, significando á Guadalupe la abandonara inmediatamente.

La viuda estaba serena; tenía la dignidad de la desgracia, y hubiera mirado como una humillación, implorar apoyo de aquel hombre que siempre la había odiado, precisamente por la preferencia que su tío manifestaba por ella en los últimos años.

El testamento había sido hecho en circunstancias especiales.

Guadalupe era huérfana y vivía con el hermano de su padre, cuando se enamoró del que fué después su compañero, que pertenecía al partido liberal avanzado, mientras que su tío era conservador é intransigente con los que introducían en Guatemala reformas radicales y trataban de acabar por completo con rancios hábitos y antiguas instituciones.

La revolución se extendía por toda la república y el prometido de Guadalupe tomaba parte activa en las operaciones: entonces el anciano prohibió terminantemente á su sobrina que pensara en tal casamiento, pues jamás lo consentiría.

Pero ella amaba, adoraba, y la razón y la justicia además, la hacían considerar, que las luchas de partido no debían influir en su dicha, y su generoso corazón se sublevó contra aquel empeño absurdo y tiránico; un día, después de haber agotado todos los medios para obtener el beneplácito del que era su segundo padre, salió de la casa y de Guatemala, con el que era causa de aquella determinación.

La joven le confió su honra, segura de que estaría bien guardada, y un mes después se casó en Quezaltenango.

La cólera del tío de Guadalupe no tuvo límites y juró desheredar á su sobrina y no perdonarla jamás.

Entonces hizo el testamento en favor de Federico Monreal.

Pero cuando supo que en la acción de Tacaná había muerto el hombre á quien aborrecía y que además la quiebra de un banco le había arrebatado toda su fortuna, pensó en que la viuda quedaba pobre y sola; que una niña estaba huérfana y sin apoyo. Olvidó todo, corrió á Quezaltenango y volvió á Guatemala con su sobrina y la hija de esta.

Gravemente enfermo después recordó el testamento y por un codicilo lo anuló, instituyendo única heredera á Guadalupe y dejando sólo señalada una cantidad para Monreal.

¿Cómo llegó á noticia de éste? Tal vez por los criados ó por el escribano, pero desde aquel momento pensó en sustraer un papel que le arrebataba inmensa fortuna, destinada á sostener sus calaveradas.

El oro le proporcionó lo que deseaba; un criado infiel le abrió las puertas en la misma noche en que Guadalupe, anonadada por el dolor, velaba, rezaba y lloraba junto al cadáver del anciano.

De ese modo quedó reducida á la miseria.

—La Providencia se apiadará de mí y de mi Luisa,—pensó, y al indicarla que podía sacar su ropa y alhajas, contestó con dignidad:

—Nada quiero sino mis trajes más precisos y modestos: sólo pido el retrato del hombre que creyó asegurarme el porvenir, sin contar con la traición y la maldad.

—La lèy me devuelve lo que usted me usurpaba; por eso no quiero guardar el retrato del que tal vez pensó en despojarme... la muerte no le dió tiempo...

—¡La muerte!—murmuró Guadalupe.—No; un robo incomprensible.

Federico sonrió añadiendo:

—Es un lienzo magnífico y se vendería muy bien; es obra de un pintor de gran nombre: está hecho en París; pero renuncio á él como á todo; dentro de algunos días se venderán los muebles en remate.

III

Guadalupe salió de aquella casa llorando amargamente: no por la pobreza que la amenazaba, sino por el recuerdo de los días felices que en ella había pasado.

En un carrito hizo colocar el retrato y un baul pequeño y se hizo conducir á la modesta casa de una india, que había sido su doncella.

Las privaciones empezaron, pero con esa resignación propia de las almas elevadas, buscó en el trabajo los medios para subvenir á las necesidades de su hija y á las suyas.

El abogado Vélez Rubio trató de averiguar el paradero de Guadalupe: durante dos meses fué difícil empeño.

Una casualidad volvió á ponerle en el camino de la hermosa viuda, por la cual sentía admiración y cariño.

Pasaba por la plaza de la Catedral, cuando vió venir en dirección opuesta á una mujer á quien creyó reconocer.

Era una india con un pequeño paquete en la mano.

Al encontrarse más cerca, Vélez recordó quién era; la había visto en casa de Guadalupe, en donde servía como doncella.

Una idea cruzó por su imaginación: tal vez aquella mujer sabía en dónde se encontraba la joven.

—Nicolasa,—la dijo deteniéndola,—¿no me conoces?

—Sí señor; sí; lo he visto allá, en la casa de la *niña* Lupe (1)

(1) Guadalupe.

—¿Tú sabes en dónde está?

—¿Yo?... no señor.

—Sí lo sabes; ella te habrá encargado que guardes secreto, pero tengo que decirle una cosa muy importante.

—¿Para bien suyo?

—Por supuesto.

—Pues entonces se lo diré á V.: la niña Lupe está en Escuintla.

—¿En Escuintla?

—Sí señor; aquí no podía vivir y me dijo: Nicolasa, tengo confianza en tí y por eso te llevaré conmigo: viviremos como se pueda, pero más barato que en Guatemala; y nos fuímos.

—Pero ¿qué hace?

—Borda, cose, y eso cuando hay: la otra semana estuvo la niña muy mala y no pudo coser y por eso hoy...

La india vaciló.

—¿Hoy qué?—preguntó Vélez, ansioso é impaciente.

—Pues hoy me dió un alfiler y otras cosillas para empeñarlas: lo único que tenía puesto al salir de casa de su tío.

—¿Puedo contar contigo para hacer lo que pienso y sacarla de ese estado?

—¡Cómo no! si yo daría mi vida por la niña...

—Pues bien, toma: le das esto y le dices que es el valor de las joyas.

Y Vélez entregó á la Nicolasa unas monedas de oro.

—¿Pero y este paquete?

—Dame, yo sabré cómo dárselo más tarde.

IV

Escuintla es una pequeña población rodeada de jardines, huertos y preciosas *haciendas;* elevados cocoteros prestan sombra y protegen contra los ardientes rayos del sol y múltiples arroyuelos cruzan en distintas direcciones, como franjas de plata, murmurando suavemente y reflejando en sus cristales el cielo trasparente y azul.

Numerosas familias de la capital han hecho de Escuintla, sitio de recreo, y en sus bosquecillos y á orillas de sus arroyos, bajo las frondosas copas de los árboles, se esparcen en grupos y pasan deliciosos instantes en las horas del calor.

Completan este cuadro tropical las indias sentadas á las puertas y en las aceras, vendiendo naranjas, plátanos, mangos y otros frutos, con los pies y piernas desnudos, la angosta saya azul y la camisa sin mangas y rayada de encarnado ó azul.

El clima permite y autoriza esa desnudez.

Guadalupe habitaba una pobre casa, un *rancho* que no tenía otro atractivo que el aseo y las muchas flores, que por doquiera se veían.

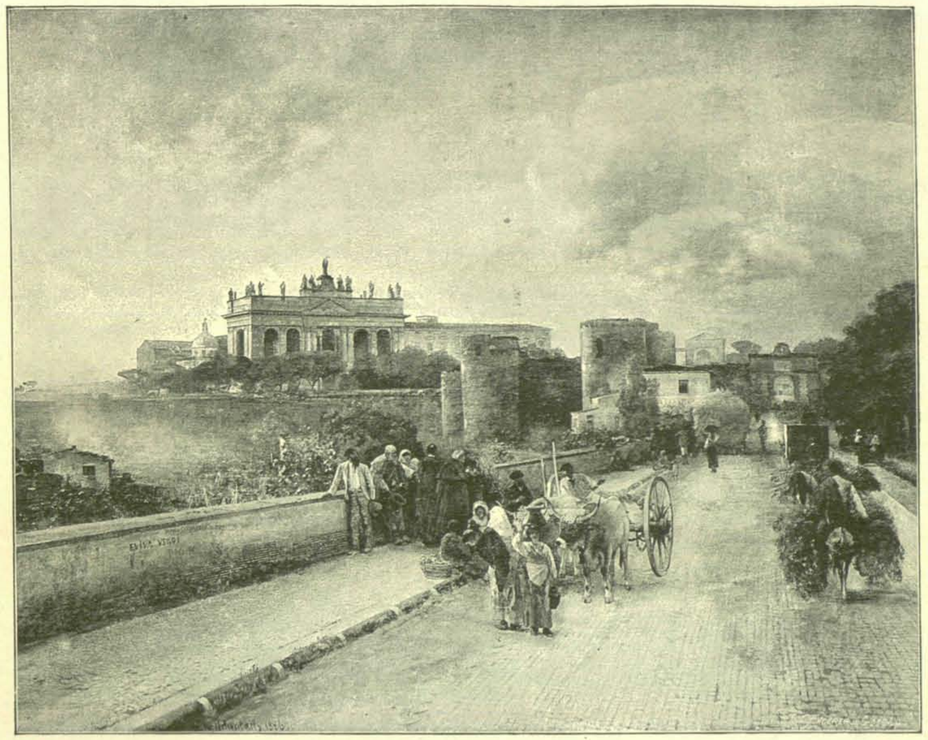
Allí estaba contenta porque su Luisa nunca se había encontrado más fresca y en mejor salud.

Una mañana, sorprendida y avergonzada, vió entrar á Vélez.

—¿Cómo ha sabido usted que estaba aquí?

—¡La casualidad! acompañando á unos amigos la he visto á usted al pasar y como la buscaba con afán...

BUSTO DE ESTUDIO, de A. Querol



LA NUEVA VÍA APPIA, cuadro de O. Achenbach

—¿Para qué?

—Guadalupe, usted me dijo un día que yo era su mejor amigo, y sin duda no lo creía usted así, puesto que se oculta de mí.

—No; usted no lo cree así, pero... la situación mía... la necesidad de ganar mi vida...

Vélez estaba conmovido: aquel *rancho* le parecía un santuario y ni aun se atrevía á formular el pensamiento que allí le había conducido.

—Usted no puede permanecer así; usted perdería su salud trabajando: usted no está acostumbrada á esta existencia: además la educación, el porvenir de Luisa...

—Pero la necesidad carece de ley; aseguro á V. que soy feliz.

—Perdóneme V. y sea franca, completamente franca conmigo.

—¡Cómo no!

—¿Sería un sacrificio para V. ser mi esposa?

Guadalupe sintió que sus mejillas se cubrían de rubor y no contestó:

—¿Le soy á V. tan indiferente ó teme no ser feliz?

—¡Oh! amigo mío, ni lo uno ni lo otro; pero ¿es exceso de amistad ó es...?

—Amor: sus virtudes de V. lo inspiran y su mano y su corazón serán para mí un paraíso de felicidad.

La joven viuda confusa y embargada por dulce emoción, contestó con elocuente mirada, más elocuente que las palabras.

V

Ha pasado un mes.

En la catedral de Guatemala se había celebrado el matrimonio de Guadalupe con Vélez Rubio.

Al entrar en la nueva casa que la fortuna la ofrecía, la dijo el feliz abogado:

—Ven, alma mía, á visitar esta casa que desde hoy embelleces y de la cual eres reina.

Atravesaron varias y elegantes habitaciones: al llegar á un precioso gabinete, al fijarse en una artística mesita de bronce, la joven lanzó una exclamación.

Las joyas empeñadas por Nicolasa estaban sobre una bandeja de plata.

—Fué mi cómplice—dijo Vélez sonriendo—esa india; ella me salvó de la desesperación, haciéndome conocer tu retiro.

La joven supo entonces el porqué de aquellas palabras y rodeó con sus brazos el cuello de su marido.

Cinco años después, Federico sucumbió en una cacería: desbocado el caballo lo arrojó al fondo de un abismo.

Al hacer el inventario de sus muebles, al registrar sus papeles, se encontró encerrado en una cartera el codicilo robado á Guadalupe y por el cual volvían á poder suyo los bienes de su tío.

—Nada necesitas,—la dijo Vélez:—esos bienes son para nuestra Luisa, sólo para ella: mi amor, ángel mío, se ofendería de esas riquezas y no las acepta: ¿lo apruebas?

La Baronesa de Wilson

LOS HOMBRES PELUDOS

En estos últimos días se han exhibido en París, con el nombre de *Pilosos ó Hirsutos*, dos personajes peludos, madre é hijo, que son interesantes por muchos respectos.

La madre es una vieja de sesenta y cuatro años, llamada Mahphoon, con la cabeza muy bien poblada de pelos finos y sedosos, harto semejantes á los del llamado perro de aguas: estos pelos son más abundantes en la frente y luego en los pómulos; el caballete de la nariz presenta una línea vellosa; los bigotes son muy espesos y tienen una separación bien marcada en medio del labio superior. En las mejillas y en la barba es muy largo y copioso el pelo. Esta pobre mujer es ciega.

El hijo, Mung-Phoset, tiene, como su madre, cubierta de pelos toda la cara, pero más recios y abundantes, pudiendo compararse con los de una cabra. En la cabeza es mucho más largo el pelo, llevándolo recogido en la coronilla. Los hombros, el cuello y el pecho son igualmente peludos, y la espina dorsal está cubierta de verdaderas crines. En los miembros es el pelo menos largo y más fino, viniendo á ser un vello de cinco ó seis centímetros. Pero ni la madre ni el hijo tienen pelo en manos ni pies.

Mung-Phoset está casado con una birmana de quien ha tenido muchos hijos, y entre ellos una hija que presentaba el mismo fenómeno que su padre y su abuela.

Esta joven, llamada Mah-Mé, hubo de llegar á los diez y ocho años, muriendo el anterior en Birmania poco antes de la partida de su padre y abuela para Europa.

La historia de estos individuos ofrece algunas particularidades que bien merecen referirse. Estos últimos años, antes de la ocupación de la Birmania por los ingleses, vivía la peluda familia en la corte del rey Theebault, que los tenía como curiosidades entre los enanos y bufones; pero cuando los birmanos, por un acto de patriotismo salvaje, incendiaron la capital de su país por no verla en poder de los ingleses (28 nov. 1885), el hombre peludo y su familia, espantados por las llamas, por el combate entre los soldados y los incendiarios, por el estruendo del cañón y de las minas con que los ingleses procuraron detener los progresos del incendio, en medio del terror general, huyeron al través de las llamas, llevando el hijo á cuestas á su madre ciega y arrastrando á su mujer y á sus hijos.

Refugiáronse en un bosque cerca de Amara Pura, y allí, un oficial italiano, antiguo jefe de estado mayor del rey Theebault, hubo de encontrarlos casi muertos de hambre y de fatiga, y los recogió, siendo él quien los exhibe en Europa actualmente.

Un detalle de costumbres digno de notarse es que, cuando estos individuos peludos estaban en Mandalay, podían ir al mercado y tomar las frutas y legumbres que apetecían, como quiera que los campesinos cuyos géneros elegían, dábanse por muy honrados y satisfechos de esta preferencia, considerándola de buen augurio.

La existencia de una familia peluda en la corte de Birmania es conocida de mucho tiempo atrás y los personajes que la componen han sido muchas veces descritos por los viajeros. Lord Crawfurd, que fué enviado en 1824 á Ava por el gobernador de la India á negociar un tratado con el rey, describe minuciosamente y refiere la curiosa historia de un hombre peludo, llamado Shwe-Maong; habla de una hija de éste, niña de dos años entonces, que era igualmente peluda y se llamaba Mahphoon, la vieja que se exhibía hace poco en París.

En 1855, unos oficiales ingleses enviados á Ava, vieron una joven peluda é hicieron su descripción: á sus ojos era la cosa más rara y curiosa que habían encontrado en su viaje. Esta joven peluda era también Mahphoon.

En 1875, el periódico ilustrado *La Nature*, fundándose en la narración de muchos viajeros, dió la descripción de Shwe-Maong, el hombre peludo, de su hija Mahphoon, y del hijo de ésta Mung-Phoset, padre de la joven peluda Mah-Mé, muerta el año anterior en Birmania.

Esta joven era pues un ejemplo de la trasmisión hereditaria, hasta la *cuarta generación*, de ese extraordinario desarrollo del sistema piloso. Ahora bien, es de notar que esta trasmisión se hizo á pesar de la influencia de la sangre del cónyuge cuya acción debía tender á predominar por medio de un número de ascendientes normales infinitamente más considerable. No es, pues, cierto que los hombres peludos de Birmania sean descendientes de una raza marcada con esta misma particularidad y habitante en otro tiempo en los bosques del Laos. Bajo el punto de vista hereditario es útil dar á conocer en pocas palabras la historia de la familia de cada uno de los personajes peludos de que hablamos, tanto más, cuanto que parece algo extraordinario que hayan tenido ocasión de enlazarse.

El primero, Shwe-Maong, bufón de la corte del rey de Birmania, se casó de una manera bastante original. Una hermosa joven, dama de honor de la reina, fué acusada de un crimen contra la religión del país y condenada á morir en horrible suplicio. El día de la ejecución fué conducida con gran ceremonia al cementerio donde debía sufrir su condena; iba á comenzar el tormento, cuando llegó un jinete á rienda suelta, portador de una orden del rey para que se suspendiera la ejecución y se propusiera á la dama esta disyuntiva: ó casarse con el hombre pelu-

REBAÑOS REGRESANDO Á SUS CORRALES, cuadro de V. Weishaupt

do ó morir: la pobre joven prefirió vivir, esto es, aceptar el casamiento con el hombre peludo.

Y en efecto, se casaron. La ceremonia fué acompañada de fiestas grotescas, y los enanos y bufones fueron los asistentes de los novios.

De esta union nacieron siete hijos, cuyos dos primeros murieron en edad temprana sin ofrecer nada anormal; lo mismo sucedió con el tercero, una niña, que vivió; pero la cuarta fué peluda y se llamaba Mahphoon: la vieja exhibida ahora en París. De los otros tres, dos, un niño y una niña, que murieron en edad infantil, parecían indicar por la naturaleza y disposición de sus cabellos, que hubieran sido peludos en edad adulta.

Mahphoon se casó con un birmano de quien tuvo muchos hijos, de los cuales tres eran peludos, dos varones y una hembra; pero el único de ellos que llegó á la edad adulta fué Mung-Phoset.

Mung-Phoset se casó, como su abuelo, con una dama de honor de la corte, pero sin cosa de condena ni imposición, por inclinación ó simpatía al parecer. De este enlace nació una sola hija, la joven peluda Mah-Mé, que como ya dijimos murió en Birmania.

Tal es, bajo el concepto hereditario, la historia de esta extraña familia.

Los dos individuos exhibidos en París, Mung-Phoset y su madre Mahphoon, tienen dentadura anormal: carecen de molares, y sólo en la mandíbula superior tienen los dos primeros incisivos y los dos caninos, faltándoles los incisivos intermediarios; en la mandíbula inferior tienen cuatro incisivos y dos caninos.

Es de advertir que se ha notado repetidas veces esta irregularidad de la dentadura en individuos que presentaban tan anormal desarrollo del sistema piloso, particularmente en Andrés Jeftichjew, conocido por el hombre-perro.

Casos de individuos peludos.— Los teratólogos citan gran número de ellos, y en la clasificación de las monstruosidades humanas dan á ésta el nombre de *hipertricoferosis.*

Algunos de estos casos merecen mención. Varios antropólogos admiten hoy que el hombre prehistórico de la época terciaria era imberbe, no peludo, ó á lo menos no más peludo que el hombre actual; pero sostienen que en un período posterior al comienzo de la época cuaternaria, la raza humana era completamente peluda, y apoyan su afirmación en el descubrimiento hecho hace algunos años en una estación prehistórica de un cuerno en que un artista cuaternario había grabado el diseño de una mujer cubierta toda de pelo.

Esta opinión no es admisible en buena crítica. Objétase en efecto que un solo diseño representando una persona peluda no puede bastar para deducir que lo fuera toda la raza de entonces. Aquella mujer diseñada podía ser acaso un fenómeno análogo á los personajes peludos que se exhiben en nuestros días, y acaso por esta misma razón el artista de la época la creyó digna de trasmitirla por medio del dibujo á la posteridad.

Sea como quiera, ello es que este ejemplar peludo es el primero de que se hace mención en la historia de la especie humana.

En la Biblia se encuentra también otro ejemplar peludo, Esaú. Cuando Jacob quiso iludir á su padre ciego para obtener la bendición que correspondía al primogénito, dijo á su madre Rebeca, que estaba de acuerdo con él: Sabes que mi hermano Esaú tiene el cuerpo peludo y yo no.

En las *Miscelánea académicas de los hechos curiosos de la naturaleza*, se halla la descripción de un hombre-perro, según Paulini; y para hacer el hecho más extraño, afirma el autor que el nacimiento de este monstruo fué acompañado de llamas y estruendos, *(monstrum canino-humanum cum flamma et fragore natum).*

A mediados del siglo pasado el *Diario extranjero* insertó la descripción, que se le dirigió de Lisboa, de una niña peluda de unos siete años de edad. «Es, decía, de estatura gigantesca; tiene la cara y todo el cuerpo cubierto de pelos de diversos colores y longitudes; pero sus cabellos no tienen nada de extraordinario.»

Buffón habla de una mujer, que vivía en la ciudad de Barqui, la cual, «desde las clavículas hasta las extremidades, está enteramente cubierta de pelo de ternera. En 1774 había en París un ruso cuya frente y toda la cara estaba cubierta de pelo negro.»

En Yeco, algunos viajeros de la misma época aseguraban haber visto muchos individuos de rostro completamente peludo.

Fig. 1.—Mahphoon, mujer peluda de Birmania.

Fig. 2.—Mung-Phoset, hijo de Mahphoon.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON